

## II

Cuando llegué al cuartel había anochecido. Las compañías, ya en armas, hallábanse formadas en el patio. En la parte exterior reinaba una confusión indescriptible: la calle llena completamente de gente hasta rebosar, hallábase iluminada por faroles y antorchas que llevaban numerosos estudiantes de la Universidad: la puerta del cuartel atestada de oficiales, á quienes rodeaban multitud de madres, hermanas y hermanitos que pretendían entrar y pedían encarecidamente que les permitieran penetrar en el cuartel.

— Un instante no más, una palabra, dejen ustedes que le veamos una sola vez.

Y el oficial de guardia, viéndose y deseándose para contener aquella avalancha, y empujándola para que retrocediera, y gritando y suplicando:

— Háganme ustedes este obsequio, por favor se lo pido, retírense ustedes, dejen el paso expedito, no me es posible complacer á ustedes, está prohibido, cumplimos una orden que se ha dado, ya les verán cuando salgan.

Y el grupo crecía por instantes, aquí con la llegada de las esposas de los oficiales que, llevando de la mano á sus hijos, corrían á darles el último adiós, y las últimas súplicas, y el postrer consejo: allí con la de otras mujeres y muchachas que no eran madres, ni esposas, ni hermanas, de las cuales unas lloraban, otras fingían estar llorando, á fin de despertar alguna provechosa simpatía en el ánimo de los que se quedaban, otras permanecían en un extremo dominadas por profunda melancolía, y por todas partes grupos de trabajadores entonando himnos patrióticos, y agitando banderas, y gritos y aplausos, y una agitación desusada, y un murmullo confuso como de mar alborotado.

Óyese un redoble de tambor: los oficiales desaparecen: calla la muchedumbre, y al cabo de un minuto sale la escuadra de gastadores para despejar la calle.

Asaltóme un pensamiento.

—Vamos á la estación... ¡Dios mío! ¡Hay que pasar por debajo de las ventanas de casa!

Rompe la música, el regimiento avanza entre dos apretadas hileras de luces y antorchas, la chiquillería penetra entre las filas, y rechazada de un punto por los oficiales y los sargentos, invade otro sitio, las gentes se asoman á las ventanas agitando banderas, de todas partes llueven cigarros y naranjas; inmensa muchedumbre precede al regimiento, marcha detrás otra no menos compacta.

— ¡Viva la brigada Piamonte! ¡Viva el antiguo regimiento del 637! — gritó un caballero desde una ventana. Y otro: — ¡Vivan los héroes de Calmasino!

Estamos en la calle de Santa Teresa; estamos en la plaza de San Carlos; estamos en la plaza de Carlo Felice. Á medida que adelantamos, siento que se me oprime el corazón y me tiemblan las piernas.

— ¡Oirá la música! ¡Oirá esta gritería! ¡Pobre mujer!

Levanto los ojos: esta es la casa, esta es la ventana, hay en ella una persona, no es ella, ¿quién será? No puedo distinguirla; saluda con las manos, mira, Dios mío, ¿quién podrá ser?

De repente aparece una luz en la ventana de debajo.

— ¡Ah! le he visto: es el ciego. ¡El Señor te bendiga!

Ahí está mi buen amigo del tercer piso: me abraza, me besa, me dice: — ¡Buena suerte, hermano! ¡Viva la guerra! — y desaparece.

Nos hallamos en el tren, asomo la cabeza, todavía distingo la ventana iluminada, y al ciego que, puesto solo en ella, agita las manos en ademán de saludar.

— ¡Y esta música que no cesa! ¡Oh, pobre madre!

La máquina silba, el tren se pone en movimiento, el corazón me da una tremenda sacudida, en la ventana se distingue otra persona. ¿Quién podrá ser? Veo dos brazos que se agitan... ¡Dios mío! ¿He oído un grito?

La casa ha desaparecido.

—¡Adiós, ángel de mi vida! ¡Adiós, madre santa y adorada! Permita el cielo que vuelva á verte, ó si he de morir, que sea tan noble mi muerte, que el orgullo de llamarte madre mía, te consuele del dolor de haberme perdido.

—¡Ahora á vivir!—dije volviéndome decididamente á mi vecino, dándole una palmada en la rodilla.

Mi vecino, sumido hasta entonces en profunda melancolía, á consecuencia de haberse dejado el corazón en Turín, desechó repentinamente sus imaginaciones, y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Viva la guerra!

Los demás:

—¡Fuego á los cigarros!

Y al cabo de un instante, llenaban los ámbitos del vagón el humo, el ruido y el buen humor.

### EN CAMPAÑA

Al llegar á este punto, encuentro en el libro una larga serie de cartas de Alberto, y junto á cada una de ellas, unida al pliego correspondiente, la contestación dada á las mismas por su madre. Del examen de la letra de éstas podría deducirse la marcha de los acontecimientos, pues el temblor de su pulso, transmitiéndose á los caracteres, constituye el indicio más seguro de cómo iban las cosas de la guerra. Con muy corta diferencia, las cartas referidas, como es natural, dicen siempre lo mismo: en cambio en las del hijo hay algo de provecho, y este algo lo utilizaré, por lo mismo que

constituye una crónica de la guerra, que, siquiera incompleta y desligada, permite formar concepto exacto y terminante de las alternativas, ó mejor aún, de las impresiones varias que produjeron en el ánimo de mi amigo, algunas de las alternativas y vicisitudes de la guerra.

Excuso decir al lector que copio al pie de la letra.

«Plasencia, 8 de Mayo.

»...Plasencia parece un cuartel: hay más soldados que vecinos, y más cruces y más medallas que soldados; no puede darse un paso sin que uno se encuentre, de manos á boca, con quien lleva el pecho materialmente cubierto de ellas; á la vuelta de cada esquina se topa uno con un general; los coroneles abundan tanto que ni siquiera llaman la atención. ¡Cómo advierto mi pequeñez en medio de todos estos galones! Las grandes reuniones militares llevan consigo el inconveniente de que no hay quien se fije en nosotros los tenientezuelos; cosa, por otra parte, que se explica perfectamente, pues delante de tanta grandeza nada significamos. Comprenderás que me estoy bromeando: tengo mis soldados, tengo mis amigos, te tengo á tí, tengo la sangre llena de fuego, el corazón lleno de Italia, el alma ocupada por lo porvenir, y estoy contento, y nada deseo, y á nadie envidia.—Estamos alojados en un convento y dormimos sobre paja.—Es una fatiga inmensa la que resulta de tenérmolas que haber con estos reclutas que no saben vestirse, ni comer, ni andar. Se han hecho las cosas demasiado aprisa. Si estallara mañana la guerra de seguro habíamos de vernos por demás comprometidos: la mitad del regimiento no sabe aún cargar las armas: hay necesidad imprescindible de los soldados provinciales y se esperan de un momento á otro.—En todo el cuartel no ha podido habilitarse un mal aposento para el oficial de guardia.—La noche última la he pasado en las oficinas de la Mayoría, sirviéndome de lecho los libros y registros del regimiento...»